

VIENTOS OTOÑALES

Espiritualidad de los probados

La libertad tal vez no se consiga del todo hasta la muerte, pero con los años nos vamos acercando bastante a ella, sobre todo si la vida ha estado zarandeada por los avatares normales que sufre toda persona. Más aún si tales empujones hacia la liberación nos vienen de compartir la triste suerte de los pobres; entonces las historias vividas a su lado, son semilla de nuevos encuentros y problemas de modo que se van ensartando unos con otros como el cuento de nunca acabar.

Este proceso hacia la libertad no siempre lo vivimos en positivo, sino que muchas veces nos resulta un peso difícil de soportar. No obstante con el tiempo se puede llegar a tal liberación interior de modo que los demás puedan disponer de nosotros, de nuestro tiempo y en definitiva de nuestra libertad. Incluso se puede llegar a sentir el gusto de estar disponible para lo que el día a día traiga de novedad concreta.

Esta actitud de libertad es propia del otoño de la vida, pues son pocos los que la consiguen en la primera juventud. Durante ésta prevalecen los planes propios y no encuentran sitio tan fácilmente las propuestas de los demás; sencillamente porque no solemos enterarnos de éstas porque las nuestras nos tienen un poco obsesionados y la actitud íntima más o menos consciente es la de quien se defiende de los ataques inclementes de los demás, para poder alcanzar lo que nosotros consideramos más importante: lo nuestro.

Cuando un árbol ha dado sus frutos se va despojando del vestido de sus hojas, se reduce a lo esencial y permite hasta con gusto que los vientos de otoño esparzan hojas y semillas conjuntamente por donde les dé la gana. El árbol ha cumplido su misión en la cosecha ofrecida generosamente. Ahora el viento cuida de preparar la próxima.

San Pablo califica de "probados" a los cristianos que alcanzaron la madurez. Traduciendo esta palabra, puede decirse que es un título propio de los veteranos en los servicios a los pobres durante muchos años. Las largas historias vividas con ellos dan sabiduría además de experiencia; son una llave segura para entrar en el corazón de muchos pobres y oprimidos; el orgullo se purificó a base de fracasos e impotencias, al mismo tiempo que nos enseñaron a orar y confiar. Este conjunto de factores han ido liberando el interior destronando el emperador entronizado que se suele llevar más o menos ostentosamente. Así, reducidos al tamaño normal de los mortales y hasta acostumbrados a mirar amorosamente a los de más abajo, queda sitio en el corazón para que lo ocupe un viandante con el que nos cruzamos en el camino. Siguiendo la ruta de los pobres, éste no será generalmente alguno de los poderosos sino más bien alguno de los pequeños pidiendo un vaso de agua o cosas por el estilo. Quien pide agua suele tener sed de que le escuchen y le miren. Caminar así por las calles es una delicia; se nutre la amistad y se alimenta la dimensión humana. Se experimenta la libertad de vivir con sentido y con una gran riqueza de situaciones y vivencias. En definitiva es la libertad gozada al utilizarse para los demás al mismo tiempo que se disfruta a conciencia de la riqueza que ofrece sencillamente el vivir. Antes de pasar el examen que nos acredita como "probados", esta manera de vivir era imposible, estábamos demasiado llenos de nosotros mismos y no cabían los demás. Si Dios está y nos habla desde lo real de la vida, esta sucesión de encuentros con gentes son claramente encuentros con Dios.

Lorenzo Tous

www.vacarparacon-siderar.es